

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS RELACIONES INTERNACIONALES

CARI /

Oscar R. Puiggrós

Eduardo Labougle

15

Los Diplomáticos

Eduardo Labougle

Oscar R. Puiggrós

Eduardo Labougle

Oscar R. Puiggrós

CARI /

CONSEJO ARGENTINO PARA LAS
RELACIONES INTERNACIONALES

Los Diplomáticos

Nº 15 - Septiembre 1998

ISSN 1668-9666

El Jockey Club de Buenos Aires se complace en editar el presente volumen de la serie "Los Diplomáticos", que auspicia el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), con la certeza de que contribuye a una obra cultural de señalado relieve al ahondar en las personalidades que han otorgado prestigio a nuestra Nación.

Alfredo Lalor

Presidente

Al preparar el material para esta exposición revisé cartas personales, numerosa correspondencia oficial e informes confidenciales de nuestro protagonista de hoy, el embajador Eduardo Labougle, que generosamente me facilitaron sus hijas, además de los libros que escribió durante su desempeño diplomático.

El examen de estos documentos me induce a extender el tema hacia otros aspectos que permitirán ubicar con mayor precisión al embajador Labougle en su trayectoria y su tiempo.

¿Cómo ha evolucionado la diplomacia? ¿Cuáles son sus características y el perfil que a lo largo de la historia se ha mantenido, y qué es lo que se ha ido corrigiendo y perfeccionando, como natural reflejo de las costumbres, intereses y valores de cada momento?

La diplomacia tiene fisonomía de ciencia y de arte. En el mundo antiguo estuvo al servicio de las políticas exteriores de estados teocrático-militares apoyados en la esclavitud y la conquista. En Egipto usaban a los embajadores y trataban a los que recibían con formalidad y cortesía, junto con severidad que en muchos casos llegaba a la crueldad. En la India la diplomacia se regía por el Código de Manú, que dice textualmente: De los embajadores depende la paz y la supresión de la guerra, pues tejen y rompen las alianzas de los reyes. Por eso -dice- el diplomático debe ser un hombre penetrante, capaz de atraer a la gente y descubrir los propósitos de los gobernantes extranjeros por sus gestos, sus palabras y las expresiones de su cara. Se recomienda seleccionar a los diplomáticos con el mayor cuidado; deberán ser honorables, hábiles, con buena memoria, audaces, elocuentes y que sepan el lugar y la oportunidad de sus acciones.

En Atenas, Esparta y Corinto se elegían embajadores entre ciudadanos menores de 50 años, razonables y de buen decir, en algunos casos a cómicos artistas que caían bien entre los reyes visitados. En Atenas casi todos los grandes jefes de Estado fueron diplomáticos, como Pisístrato, Temístocles y el mismo Pericles.

Florenia y Venecia desarrollaron la acción diplomática de una manera extraordinaria. Los métodos utilizados la llevaron a la categoría de arte. Dante y Maquiavelo y muchos otros sobresalientes pensadores, políticos, filósofos y poetas pertenecieron a un elenco que organizó el duque Francisco Sforza, considerado el diplomático más brillante de su tiempo.

En la Edad Moderna conquistar mercados, adquirir colonias y asegurar el predominio comercial fueron los objetivos principales. El dominio de los mares casi desplazó a las luchas en el continente. Maquiavelo puso las bases de lo que largo tiempo después se ha dado en llamar "*real politik*", es decir, la política del interés del Estado, antecedente a su vez de lo que ahora se llama "el interés nacional", frecuentemente al margen de la política legítima apoyada en el derecho y de la vocación por la paz.

Como se ve, desde el principio de la historia, y pasando por los distintos países, tiempos y formas de gobierno, la diplomacia cumplió siempre un papel principal como

instrumento de los poderes políticos del momento. Hoy, la facilidad de las comunicaciones y transportes achica las facultades de los diplomáticos, cuya prudencia, fidelidad a sus gobiernos mandantes y buen tino se mantienen como sus condiciones más necesarias, pero ahora con un contacto permanente y recíproca información que limita el área de independencia que antes estaba por largo tiempo en sus manos.

Al hacer este examen retrospectivo de la diplomacia y compararla con la de hoy se acentúan sus nuevas funciones, que van desde el casi protagonismo de las relaciones económicas y comerciales hasta la consolidación de los acuerdos y de la paz como las inversiones que obviamente dejan mayor rédito a los pueblos. De ahí la necesidad de revisar conceptos que en otros tiempos eran intocables y que hoy palidecen frente a otros valores como el bien común y la solidaridad humana. Es cierto que todavía se mantienen fórmulas más emocionales que racionales, por ejemplo en cuanto a la soberanía, concepto éste que tantos trastornos ha producido en estos últimos tres siglos y que todavía suscita controversias, pero que en la actualidad se encuentra en irremisible declinación. La globalización y aun la superación de fronteras, que tanto soportan la agresión terrorista y la del narcotráfico cuanto los avances positivos de la tecnología en toda clase de comunicaciones, del comercio y la cultura, marcan un claro rumbo que se va afirmando progresivamente. Por supuesto que es preciso diferenciar la soberanía de la independencia y de la autodeterminación de los pueblos. Esta consiste en el mantenimiento del propio perfil cultural, religioso, ético, político y aun psicológico; de sus usos, tradiciones y costumbres. Es, pues, más una unidad de cultura que una unidad ideológica; todo lo cual permite y alienta una convivencia pacífica y enriquecedora con otras sociedades igualmente respetuosas de los valores básicos que en este momento de la historia son o deben ser aceptados por la humanidad.

Cuando se leen libros biográficos es siempre esencial conocer el escenario en el cual vivió y cumplió su papel el protagonista, es decir, la tan citada "circunstancia" sobre la que habló Ortega y Gasset. Hace unos años, un viejo amigo con quien pasábamos revista de nuevos tiempos y antiguos personajes me dijo: "si hoy viviera fulano, con su inteligencia, imaginación, lucidez y vocación política, tomaría partido en esta dirección". Yo le contesté que era dudoso que así fuera, que las circunstancias habían cambiado aquí y en el mundo, y que justamente el buen juicio del recordado personaje y sus excepcionales condiciones para ubicar los problemas con acierto sin duda lo llevarían a revisar sus posiciones originales. Recuerdo de una manera muy especial la descripción minuciosa y atractiva que Octavio Paz nos transmite cuando hace el retrato de Sor Juana Inés de la Cruz y de su tiempo: severo cumplimiento de las normas religiosas, costumbres sociales de casi imposible violación, intereses políticos y mantenimiento del poder a cualquier precio; así entonces se hace difícil prescindir del entorno que marca la vida de cada uno y no podemos por lo tanto eludirlo cuando perfilamos una biografía, ya que las costumbres, ideas y valores propios de la época tiñen la conducta de las personas. Don Quijote y Sancho Panza son arquetipos de las costumbres y el estilo de su tiempo.

Recordarnos hoy a Eduardo Labougle, que nació en 1883 y se retiró definitivamente de la función diplomática en 1957, y digo definitivamente porque había pedido su

retiro en 1942, pero más tarde fue nuevamente convocado para representar a nuestro país por segunda vez como Embajador en Alemania, durante el gobierno de Konrad Adenauer.

Labougle fue espectador y partícipe, por lo tanto, de un tramo verdaderamente excepcional, rico -diría riquísimo- en acontecimientos de tono mayor, cuando la historia apretó el acelerador, cubrió densas etapas de la sociedad contemporánea y, en menos de medio siglo, cambió el panorama del mundo. Filosofías, religiones, ciencias, técnica, política, rebelión de las masas, nueva distribución del poder, presencia activa de viejas razas secularmente postergadas; todo esto junto con formas modernas de relación humana y preocupaciones inéditas en la vida diaria de la gente, con expresiones sofisticadas de novedosas creaciones artísticas y nuevos gustos y tendencias, y todavía la *belle époque*, con sus frivolidades, pero también con geniales logros de la imaginación y audacia de los artistas que marcaron un indudable refinamiento intelectual y cultural.

Salió Labougle de la Argentina en 1911 para su primer destino diplomático como Secretario de Legación en Holanda. Ya era abogado y doctor en jurisprudencia, se expresaba y escribía con pulcritud en su idioma y, además, hablaba alemán, inglés, francés e italiano; había sido empleado en el Museo Histórico Nacional, en el Ministerio de Marina y en nuestra Cancillería. Dos años estuvo en Holanda, luego dos en EE.UU., cumpliendo su primera función en Alemania de 1914 a 1919, durante toda la primera guerra mundial. Fue también Encargado de Negocios en Cuba y Ministro Plenipotenciario en Colombia, Venezuela y Méjico, países estos que estaban en plena convulsión interna. En Méjico, el general Plutarco Calles afirmaba un estilo dictatorial fijando como enemigo principal a la Iglesia, con la que cortó relaciones y persiguió a sus fieles y ministros. Esa política le dio a Labougle una primera experiencia que luego se ampliaría con su presencia en la Alemania de Hitler.



Eduardo Labougle

De estos destinos americanos pasó más tarde a Suecia, Noruega, Dinamarca y Finlandia, llegando a Portugal en pleno gobierno autoritario de Oliveira Salazar, al que se podría calificar como una "dictablanda", sobre todo en términos comparativos con las que asomaban en otras partes, donde ya se incubaban doctrinas y métodos totalitarios. En aquellos momentos se unió nuestra representación diplomática en Portugal con la de España y le tocó al Ministro Labougle afrontar el efecto negativo que produjo esa medida en el Presidente General Carmona, sorprendido y visiblemente disgustado por el descenso de nivel de nuestra representación en su país. Labougle logró atenuar el mal impacto señalando que la disposición de su Gobierno era transitoria y nada tenía que ver con la orientación que en ese momento seguía el gobierno portugués.

Volvió Labougle nuevamente a Alemania, Hungría y Austria en 1932, unidos estos países bajo su sola representación hasta 1939. Pasó luego a Chile y a Brasil, hasta 1942, cuando se retiró. El Gobierno argentino lo reincorporó en 1956 y un año después se retiró definitivamente.

En 1928 participó del Congreso Internacional de Ciencias Históricas reunido en Oslo y en 1942 integró el Comité Jurídico Panamericano de Neutralidad en Rio de Janeiro. Fue miembro de las Academias de Historia de Colombia y Venezuela, de la International Law Association (1921), de la Academia Diplomática de París, del Ateneo de Ciencias y Artes de Méjico, de las Academias Argentinas de Historia y Geografía y de Derecho y Ciencias Sociales. Fue condecorado por Suecia, Noruega, Dinamarca, Chile, Alemania, Hungría, Colombia y, más tarde, nuevamente por Alemania y Hungría.

Cabe destacar que no bien adquirió experiencia diplomática, su vocación de estudioso y analista lo llevó a escribir informes que hoy tienen valor histórico y reflexiones sugestivas sobre las relaciones internacionales en las que la Argentina estaba interesada. Es así como, en 1911, escribió un informe especial sobre *La importancia y conveniencia de las conferencias consulares y de la propaganda en el extranjero* y, en 1916, *Perspectivas futuras del mercado alemán para los productos argentinos*, un sobresaliente informe reservado que hoy ya es público. En 1917 trató sobre tópicos relacionados con la guerra y en 1918 sobre *La carrera diplomática en Alemania*.

Entre sus obras principales figuran: *Las pesquerías en los Países Bajos*, *La revolución alemana* (trabajo publicado en Alemania, Buenos Aires y París), *Misión en Berlín* (su libro más conocido, que editó Guillermo Kraft y del que nos ocuparemos luego), la biografía del poeta *José Antonio Miralla* (1924), *Los utópicos de todos los tiempos y Alemania en la paz y en la guerra*, estas dos últimas obras escritas en 1925. Como vemos, la actividad diplomática de Labougle corrió pareja con su vocación literaria de llevar adelante la investigación histórica y profesional.

En su libro *Los utópicos de todos los tiempos* expuso las ideas de Platón, Campanella, Feuchón y el abate Saint Pierre en su "sueño de paz perpetua", hasta las de los innovadores idealistas más notables, como Raymundo Lulio, Savonarola, Hobbes, Mirabeau y Pico de la Mirándola. Para fijar con más precisión su pensamiento, dedicó minuciosos comentarios a Lamennais, tan discutido por los reaccionarios de su

tiempo. Incluso transcribió un párrafo de 1865 -que calificó de sentidas y bellas frases- sobre el concepto de Patria, pero al mismo tiempo agregó que, según Lamennais no debían existir barreras entre las naciones, debiendo derribar las fronteras porque el patriotismo exclusivo no es más que el "egoísmo de los pueblos", y que al desaparecer las barreras regionales se haría desaparecer el monstruoso y horrible mal de la guerra. Lamennais fue un idealista, no un mero utópico. En todos estos comentarios Labougle afirmó un acendrado cristianismo y vocación por la paz entre los pueblos; todo esto escrito en 1925.

Sus notas sobre la preparación de la opinión pública alemana para la primera guerra mundial son del mayor interés. Todos los alemanes creían que Alemania vencería. ¿Por qué?, se pregunta Labougle, y él mismo contesta: "porque así se lo dijo el Gobierno, porque así debía ser". Y esta confianza representó en ese momento un inmenso poder. La máquina militar funcionaba a pleno, sin falla alguna; todos los detalles estaban previstos y las medidas económicas también. Labougle informó con prolijidad a su Gobierno y con el conjunto de sus notas se completó un trabajo bajo el título: *Economía y finanzas del Imperio Alemán 1914/1915. Medidas de emergencia*. Expresaba allí Labougle su admiración por la disciplina y el orden de todo el pueblo alemán militarizado, que tenía conciencia de su sólida estructura y del vigor de su espíritu. Afirmaba con razón que la guerra de 1870 había sido una guerra de ejércitos y ésta, la de 1914, una de naciones. Ahora -decía- los pueblos están comprometidos en los hechos de armas. Hoy, fin del siglo XX, esa participación se hace evidente en Bosnia-Herzegovina y en Sarajevo. Ya en los prolegómenos de la primera guerra, según Labougle, "el orgullo y apasionamiento de los sabios nacionales" sostenían que "Alemania estaba encargada por la Providencia para salvar al mundo".

Las dos etapas que Labougle cumplió en Alemania, de 1914 a 1919 y de 1932 a 1939 -doce años de función diplomática en el mismo país-, lo indujeron a escribir los dos libros que he mencionado y obligan a darle a ese desempeño la parte principal de este recuerdo, no tan solo por el destacado papel que cumplió, sino por la importancia histórica de la evolución política y de las ideas que tanta influencia tuvieron en esos años y cuyos efectos todavía están presentes. El período que transcurre entre la primera guerra mundial y la caída del muro de Berlín en 1989 fue un escenario donde se manifestaron las consecuencias de una profunda fractura de la historia. Se presentaron en sociedad el totalitarismo de izquierda, bajo el modelo leninista de tipo soviético, y el fascismo y nazismo, que compartían un repudio visceral por la democracia y la libertad.

No sería completa la evocación de Eduardo Labougle si no aludiéramos a comentarios que se hicieron varias décadas después de su muerte, en relación con su desempeño como Embajador en Alemania en pleno desarrollo del régimen hitlerista y en la etapa final, hasta tres meses antes del avance alemán de septiembre de 1939. Ante todo, debemos recordar que hasta 1936 la representación diplomática de nuestro país en Alemania tenía rango de Legación, y que recién en ese año se llevó al de Embajada. Y también debemos destacar que, aunque Labougle se retiró en 1942, en 1956 fue llamado para reincorporarse al Servicio Exterior, destinándosele, por tercera vez, en

Alemania. Es bueno tomar nota de que esta designación se produjo ante el gobierno democrático de Adenauer, que no hubiera recibido a un embajador cuyos antecedentes no fueran claramente coherentes con las convicciones y la acción política que en ese momento, de reacción anti nazi, prevalecían en todo el mundo y especialmente en Alemania.

No cabe duda de que la misión que cumplió desde 1932 hasta 1939 marcó el punto de mayor relevancia de la carrera de Labougle. En la primera página de su libro *Misión en Berlín*, donde hace la crónica detallada de su desempeño, en pleno gobierno del Führer, transcribió como lema la frase de Paul Deschanel: "El olvido no es sólo un insulto al pasado sino una amenaza para el porvenir". Este pensamiento nos lleva a recordar los hechos conmovedores producidos por el nacionalsocialismo, que se fueron agravando hacia el fin de la guerra en 1945 y haciéndose más notorios cuando el mundo tomó conciencia de los crímenes aberrantes cometidos por el hitlerismo. Como ocurre con frecuencia, muchos testigos no vieron o no quisieron ver lo que ocurría y pasado el tiempo despertaron de su voluntario letargo. Algo de esto se le imputó -sin fundamento sólido, por cierto- a nuestro Eduardo Labougle, y él mismo lo advirtió en el prólogo de su libro *Misión en Berlín*, recordando comentarios de su colega William Dodd, Embajador de los EE.UU. en Alemania, de quien, a pesar de sus juicios superficiales, se sentía admirador y amigo.

Entre las referencias hay una que, por no corresponder a la realidad, vale la pena comentar como lo hizo el propio autor. Dodd -decía Labougle- "me atribuye mentalidad fascista, y no me sorprende porque algunas veces en términos cordiales así juzgaba mi actitud", agregando: "asombra que un hombre de sus condiciones intelectuales haya podido anotar ligeramente ese juicio en sus memorias... ya que mi fe en la democracia y en su triunfo definitivo fue y es inmovible". Y al concluir el prólogo Labougle señalaba: "Desde mi llegada a Buenos Aires noté la sorpresa que causaba, tanto a ciertos alemanes como a compatriotas admiradores del régimen nacional-socialista, cómo habiéndome vinculado íntimamente con todos los círculos germanos de todas las ideologías era contrario al 'nuevo orden' impuesto en Alemania". "Al trascender mi posición francamente inclinada hacia los regímenes democráticos, que adopté públicamente cuando llegó el momento de definirme, lo hice porque no cabían a mi juicio indiferentes ni neutrales; así incluso me llegaron reproches recordándome la relación mantenida con las más destacadas personalidades del Tercer Reich". He traído estas frases del propio Labougle, entre muchas otras de igual tenor, para afirmar la sutil inteligencia y equilibrio que el embajador logró guardar entre sus obligaciones profesionales ante un Gobierno con el que su país mantenía relaciones diplomáticas y sus convicciones personales, que no debían interferir en el cuidado de los intereses que su país le había confiado.

En este caso tienen relevancia las ideas que se debatían entonces en nuestro país y que gravitaron sobre la política exterior. La descripción del clima ideológico y de los humores políticos de ese momento explican la conducta de los diplomáticos, que no podían obviar fácilmente ese ambiente que se expresaba en las instrucciones de la

Cancillería y en el tono de la correspondencia privada de los principales funcionarios a cargo de la política exterior.

Considero necesaria una visión panorámica de esa etapa argentina para entender la conducta de sus actores cuando Labougle era uno de ellos a través de la función que desempeñaba.

La evocación del momento político, las ideologías en boga y las tendencias y pasiones que agitaban a la gente en las décadas del 30 y del 40, no cabe duda de que comprometen aún hoy a quien ensaya un examen retrospectivo de aquel tiempo del que fue partícipe directo. Los argentinos hemos sido siempre sensibles a las corrientes de pensamiento predominantes en los centros mundiales del poder, especialmente europeos.

Corrientes nacionalistas con fuerte influencia autoritaria venían desarrollándose en nuestro país desde principios de la década del 30. Recordemos la Legión Cívica y la Legión de Mayo, de corta duración, que daban instrucción marcial a jóvenes casi adolescentes y también a gente mayor, siguiendo las consignas de las juventudes fascistas italianas. Esas agrupaciones fueron antecedentes de la tristemente célebre Alianza Libertadora Nacionalista, que se organizó varios años después.

En las filas culturales católicas existía una notoria presencia de las ideas nacionalistas poco afectas a la democracia, que se presentaban bajo distintas formas y tonos, no obstante que la Iglesia acababa de publicar dos Encíclicas de orientación bien definida: *Non abbiamo bisogno* (contra el fascismo) y *Mit brenerder sorge* (contra el nacionalsocialismo). No se advertía en esta parte del mundo que fomentar el desprestigio de la libertad y de los valores esenciales que derivan de ella era un verdadero suicidio, que abría las puertas al totalitarismo, tanto de derecha como de izquierda. George Orwell todavía no había escrito *1984* ni *Rebelión en la granja*, tampoco Soljenitsin *El archipiélago Gulag*.

La influencia de Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez y de los revisionistas de nuestra historia; los impulsos cordobeses de Nimio de Anquín, la docencia de César Pico, las novelas de Hugo Wast; la prédica de sacerdotes como Sepich, Menvielle, Carboni o Castellani, y aun de otros que seguían los pasos de Leon Degrelle y de la *Action Française* de Charles Maurras -luego condenada por la Santa Sede-, además del fascismo mussoliniano, confundieron a muchos, más seducidos por el orden necesario -para algunos el nuevo orden- que por la indispensable libertad.

Entre el extremo nacionalismo y el más suave había líneas intermedias. Recuerdo muy bien dos movimientos que aparecieron entonces: el de la Restauración y el de la Renovación, más comprometido e intransigente el primero, que puso en las calles de Buenos Aires carteles que aludían al segundo -a Renovación- señalando: "Ni de izquierda ni de derecha, ni fascistas ni liberales, ni chicha ni limonada".

El régimen del General Carmona en Portugal, y de su Primer Ministro Oliveira Salazar -una "dictablanda", como ya dije-, apoyado por el Cardenal Gonçalves de Cerejeira,

despertaba muchas simpatías en los círculos católicos. Otros sectores del catolicismo estaban en la posición contraria, decididamente antifascista, tales los casos del P. Ennis, del P. Pierre Charles, de Monseñor de Andrea, del internacionalista Ives de la Brière, de Ducatillon -el gran orador de la reconquista de París- y de muchos otros que seguíamos principalmente las obras de Jacques Maritain.

En este clima, la guerra civil española, iniciada el 18 de julio de 1936, acentuó las posiciones políticas entre nosotros: los rojos por un lado y los fascistas y nacionalistas por el otro, tal como se los calificaba. Las débiles posiciones intermedias, o más bien las que procuraban mantenerse ajenas a este fatal maniqueísmo, como la de los vascos de entonces -poco que ver con la ETA de nuestro tiempo-, tenían escasa influencia.

Existían también movimientos ideológico-políticos, tal vez impropriamente llamados de izquierda nacionalista. Tal fue el caso de FORJA, orientada por Scalabrini Ortiz y por muchos otros severos críticos de la injerencia del capital extranjero en los servicios públicos de nuestro país.

Todos estos hechos, que son de historia pasada y algo anacrónicos hoy, pero que todavía conmueven a los mayores de 50 años, ayudan a conocer los orígenes de políticas e ideologías posteriores como el propio peronismo, cuyos primeros actos y documentos, así como los discursos de su fundador, reconocen una genealogía del fascismo que el propio Perón trajo de su paso por Italia y que todavía hoy muestra su vigencia, por ejemplo en la Ley de Asociaciones Profesionales, inspirada en la Carta del Lavoro de Mussolini, que ningún gobierno civil ni militar tuvo la decisión de corregir.

Esta digresión sobre el clima político de aquél momento, del cual nuestro recordado de hoy tuvo un privilegiado mirador europeo y también histórico cuando nos representaba en Alemania, es útil para juzgar su conducta profesional y personal, que siempre fue la de un fiel agente diplomático ceñido a las instrucciones de su Gobierno, sin perjuicio de sus reservadas opiniones que manejó con inteligente prudencia.

De los documentos y correspondencia privada de Labougle surgen las distintas inclinaciones de los Gobiernos de cada momento o de cada Canciller, y al respecto recalco especialmente la correspondencia privada con Tomás Le Breton, con Leopoldo Melo -que escribió el prólogo a su libro *Alemania en la paz y en la guerra*- y sobre todo con los Ministros José María Cantilo y Enrique Ruiz Guiñazú.

Entre las primeras entrevistas de Labougle cuando llegó a Berlín, en 1932, es bien ilustrativa la que tuvo con Franz von Papen. En su transcurso Labougle recordó la vieja relación entre ambos, y von Papen le expresó que Alemania nunca olvidaría la neutralidad argentina durante la primera guerra mundial. Aludió al estilo Goering -en aquel momento Presidente del Reichstag- y le comentó: "Ud. Embajador conoce al pueblo alemán. Sabe que necesita ser dirigido, es su idiosincrasia". Y sobre su interlocutor agrega Labougle: "Nunca lo vi usar uniforme -cosa rara en ese momento-, sus maneras eran suaves y acogedoras". Von Papen fue perseguido por los extremistas del Partido. Dos de sus secretarios fueron asesinados, así como von Dotten, secretario

del Centro Católico ligado a von Papen. Él mismo se salvó de un atentado huyendo por los fondos de su casa cuando fueron a "visitarlo" hombres de la Gestapo. Según comentaba nuestro Embajador, von Papen había creído servir a su país entregando el Gobierno al nacionalsocialismo, para así evitar la revolución social y males mayores. ¡Grave error en que no sólo incurrieron los alemanes!, digo yo. Ya Rosemberg había escrito *El Mito del Siglo XX*, y ya se conocían el programa y los métodos del nazismo y del Führer a través de las múltiples ediciones de su libro *Mi lucha*. La ignorancia fue responsable allí y en otras partes.

El 21 de marzo de 1933 se reunió el nuevo Parlamento bajo el signo nacionalsocialista. Ya flotaba en el ambiente la prepotencia con que se manejaban los dirigentes del III Reich. Uno de los lugares de preferencia lo ocupaba el Kronprinz Guillermo, que llevaba puesto el uniforme de los Húsares de la Muerte. Y dice Labougle que "era fácil percibir en el semblante de los viejos líderes del Reichstag el decaimiento anímico en que se encontraban y más de uno de mis antiguos conocidos me confesó que ya nada podían hacer ante la fuerza creciente de los nacional-socialistas dispuestos a terminar trágicamente con toda oposición, introduciendo el principio totalitario de obedecer al Jefe porque siempre tiene razón. Los que así no pensaran irían a parar a la cárcel o al campo de concentración. Y muchos pasaron al silencio del más allá sin que se supiera ni los motivos ni la forma en que desaparecieron". Y Labougle concluye diciendo: "Y a ese sistema adhirieron hasta ciudadanos de otros países que incautamente creían en la bondad predicada por el hombre que se decía a sí mismo enviado por el destino a implantar un régimen que duraría mil años".

Comenta Labougle que una noche de 1934 comían con Hitler en casa del Dr. Otto Wagner, cuando el Príncipe Augusto de Hohenzollern le informó al Führer que, frente a la Biblioteca Nacional, estaban quemando todos los libros de autores judíos. Hitler recibió la noticia con la mayor indiferencia y retomó el tema de la conversación.

En ese período de zozobras todos los días surgían hechos nuevos y de creciente complejidad. La figura de Hitler estaba rodeada de una mística que teñía todos sus actos. "Siempre transmití mis informes a mi gobierno -dice nuestro Embajador- y mis presagios sobre la horrenda guerra que preveía. No cometeré la imprudencia de citar nombres, la diplomacia no lo aconseja. Así se evitará que los propios sentimientos puedan influir y deformar la verdad".

Desde 1934, a pesar de la discreción que debía guardar, lanzó Labougle sus advertencias sobre el avance del nazismo y se preocupó por la indiferencia o descreimiento que le transmitían muchos amigos de su país. Más adelante señala: "Pan y circo reemplazados por promesas y sojuzgamientos, desfiles de la soberanía o de las antorchas. Las fiestas preparadas para distraer la atención mientras se prometía un utópico bienestar económico; se ofrecía un extenso programa de edificación obrera, se inculcaba la idea de que cada trabajador tendría su automóvil propio (Volkswagen), se limitaban las ganancias de las profesiones liberales y hasta de los cantantes y directores de orquesta, así se fue sometiendo la conciencia popular mientras se predicaba la ventaja de suprimir la manteca para reemplazarla por cañones, se desposeía a los israelitas y

a los pretendidos enemigos del régimen de sus propiedades y bienes y paulatinamente los dirigentes del III Reich iban reemplazando a los magnates de ayer, y de sus modestos departamentos pasaban a ocupar suntuosos palacios y a llevar una vida ostentosa y principesca como no se conoció ni en la época del Imperio. Se aumentaron las horas de trabajo y se disminuyeron las raciones. El obrero quedó extenuado y perplejo; se lo hacía desfilar hasta en los días de fiesta so pretexto de reuniones voluntarias de camaradería buenas para la salud. De ahí que el propio Führer pudo decir alguna vez durante el Congreso de Nürenberg que de tal manera el obrero no tenía tiempo para pensar, ya que al regresar a su casa sólo quería descansar y dormir”.

En abril de 1933 Labougle pidió los datos actualizados de la relación de su país con Alemania: el número de súbditos alemanes en Argentina, el valor de los capitales alemanes en propiedades, industrias, bancos, comercios, etc., el monto de los giros, transferencias y pagos efectuados por distintas operaciones financieras. Datos, todos estos, que mucho podían significar según el giro que tomaran los sucesos, ya que estaban en manos de las autoridades alemanas la propaganda y extensión de su influencia ideológica, política y económica en el exterior. “Mi preocupación por las actividades del Partido Nazi en nuestro país -decía Labougle llegó a tal extremo que el 14 de febrero de 1938 solicité a mi Canciller con carácter de urgencia que se me informara sobre la política argentina acerca de las organizaciones del Partido Nacional-Socialista en el exterior. Lo hice en vista del silencio existente a mi alrededor -en la Cancillería argentina- y que en otros países se actuaba sin descanso frente al evidente peligro. Ya Goebbels había dicho que la actividad nacional-socialista en el exterior era una cuestión de la política interna alemana en la que nadie podía meterse”.

Labougle dedica luego muchas páginas a la colaboración inconsciente y aun entusiasta de muchos argentinos a la acción ideológica dirigida desde Berlín.

Será, sin duda, del mayor valor histórico, relatar los términos de las últimas conversaciones de Labougle al despedirse de Adolfo Hitler, apenas 60 días antes del avance alemán que inició la segunda guerra mundial. El Führer se encontraba en Baviera y la audiencia se realizó por fin el 25 de Junio en Munich a la una de la tarde. Esa mañana estaba allí el Jefe Supremo de las SS, Himmler, ese arquetipo del cinismo y de la crueldad, acompañado de numeroso séquito. Fue recibido Labougle con todos los honores y el boato habitual en ese momento. Fuera de la casa del Jefe y dentro de ella traspuso salones y galerías entre dos hileras inacabables de lacayos vestidos de gala con calzón corto. Entre la puerta de entrada y el despacho del Führer había algo más de doscientos metros. Después de algunas frases de rigor le dijo Hitler: “Vd. va a Chile. Ha vivido aquí años históricos. Es un testigo de lo que yo he hecho”. Típica soberbia. “Esto que Vd. Embajador ha visto, grandes obras, estadios, autoestradas, no son nada. Cuando regrese aquí dentro de 5 o 6 años no conocerá siquiera Berlín con los cambios que me propongo hacer”. Acertó el Führer. Labougle volvió a Alemania 6 años después y de Berlín no quedaba piedra sobre piedra.

Hitler le habló luego de EE.UU. y del Presidente Roosevelt, y dejó notar el disgusto que le produjo el silencio de éste ante el último violento discurso que él había pro-

nunciado en el Reichstag. Deseaba polemizar con el presidente americano y no había logrado hacerlo; más bien le pareció un desaire a su ilimitado orgullo. A cierta altura de la conversación le habló de Polonia y afirmó que si era necesario le daría una lección, que ni Francia ni Inglaterra intervendrían en el conflicto. Los países escandinavos, Bélgica, Holanda, Yugoslavia, permanecerían neutrales, también Suiza, ya que todos ellos querían la paz y ninguno la guerra. Expresó que deseaba el mayor número de neutrales, pero EE.UU. pretendía mezclarse en la política y el comercio alemán y eso no iba a tolerarse, agregando: "El Presidente Roosevelt prefiere callarse y dejar que la prensa judía americana se agite contra Alemania. Los EE.UU. son el país más mal gobernado del mundo y el Sr. Roosevelt es el peor de los gobernantes. Tiene una enorme cifra de desocupados y allí existe el contraste más grande que se pueda imaginar entre el pobre y el rico, en cambio yo he logrado dar trabajo y pan a los desocupados, aun con la ayuda de la industria de guerra. Tras Roosevelt lucharán los judíos. Resulta ridículo que esa prensa me atribuya que quiero conquistar Canadá y aun ocupar la Patagonia". Luego habló con tono despectivo de los ingleses: "Sólo hablan en grande -dijo-, los conozco muy bien, he combatido con ellos frente a frente y solo tienen tal vez un éxito cuando se encuentran en una proporción de 1 a 10". Y terminó hablando en favor de la paz, pero que sólo se lograría si se le otorgaban a Alemania sus derechos todavía desconocidos.

La última entrevista fue luego con Goering, en la residencia que éste poseía a 50 km de Berlín. Lo recibió en los jardines, cerca de un lago con cisnes, impecablemente vestido de blanco y con algunas cruces, entre las que se destacaba la insignia de aviación enorme en oro y brillantes. Hablaron largo mientras recorrían las galerías cuajadas de cuadros, obras de arte y gobelinos, todos de excepcional calidad. Goering se refirió a las extensas fronteras que separan a Chile y Argentina y también a las razas y su pureza, y a la necesidad de afirmarlas para mantener la fisonomía de los pueblos y su grandeza. Labougle le replicó que respetaba su punto de vista, pero que EE.UU. y Argentina, por ejemplo, daban aceptables resultados a pesar de sus múltiples orígenes raciales. Goering parecía mal informado, ya que aludió a los indios de Argentina e hizo una comparación con otros países como Suecia, a lo que nuestro Embajador contestó que teníamos "tantos indios como lapones tiene Suecia".

Es notable la diferencia que señala Labougle entre las virtudes del pueblo alemán, su patriotismo, su vocación por la seriedad y la profundidad de sus intelectuales, su amor por el orden y la disciplina y, por otro lado, el uso político de esos elementos positivos impuesto por el Führer al servicio de causas injustas y por los medios más execrables, tanto en el manejo interno del nacional-socialismo, como en las acciones desarrolladas en la segunda guerra mundial.

Esas virtudes del pueblo alemán renacieron después de sus trágicas experiencias y han dado al mundo ejemplos magníficos de amor a la libertad y a la democracia, gobernantes de excepcional estatura moral, sabiduría política y eficiencia en la administración del Estado, así, por ejemplo, Konrad Adenauer, el primero de la lista, ante quien presentó sus últimas credenciales nuestro Embajador Eduardo Labougle, que tiene un lugar de privilegio en la galería de los embajadores argentinos.

Han pasado más de 50 años -medio siglo- de los hechos que hoy recordamos. Desde entonces se conocieron los campos de concentración organizados por el nazismo y también los sombríos asilos psiquiátricos y otros extremos igualmente repugnantes del régimen soviético. Como dice la vieja frase, después del sucedido el necio se vuelve sabio. ¡Pero cómo cuesta esta sabiduría! Y así y todo reaparecen focos totalitarios en diversas partes del mundo bajo nombres distintos, como los fundamentalismos y otros contenidos ideológicos, religiosos o supervivencias nacionalistas, todos ellos igualmente estimulantes del resentimiento, la soberbia, la violencia y la crueldad.

Esta exposición recordatoria del Embajador Eduardo Labougle nos ha permitido retrotraernos a un tramo histórico de influencia evidente en el mundo y aun en la Argentina de hoy.

En el frontispicio del edificio del archivo de los EE.UU. en Washington figura grabada una frase que dice: "Todo pasado es prólogo". Bajo esta reflexión he creído de interés recordar antecedentes de un pasado reciente, que penetran en los tiempos que corren y que, en buena medida, permiten diseñar el porvenir y prever sus riesgos.